



FOLKLORE ARGENTINO

CEIBA Y SEIBO

A Juan Carlos Amadeo.

I

El tema, al parecer baladí, cobra empero una suerte de interés folklórico e histórico para los aficionados a los estudios americanos, porque se roza con aquellas cosas maravillosas de Indias que iban admirando los ojos asombrados de los conquistadores, y con las voces nunca oídas de las lenguas bárbaras, que fueron llevando de un punto a otro e incorporándolas al idioma de Castilla, en su heroico marchar a través de las ásperas cuestas de las montañas, las selvas y los desiertos de Tierra Firme.

Interrogado por qué empleaba la grafía « seibo » con *ese* en mis escritos, cuando el diccionario de la Real Academia no autoriza dicha forma, he aquí las razones con que respondí a la encuesta.

En efecto, en *Recuerdos de la tierra* escribí « seibo », y he seguido repitiendo deliberadamente esa forma ortográfica en varios trabajos que vinieron en pos, no por sentar plaza de original o rebelde a las reglas del léxico oficial, sino porque siempre creí que el lindo árbol característico de nuestros ríos litorales es cosa diferente a la « ceiba » o « ceibón » de otras partes de América, que describieron, maravillados por el grosor del tronco y su altura gigantesca, los primitivos cronistas de In-

dias, como aquella ceyba o árbol gordo de que habla el almirante Diego Colón que « él con catorce hombres tomados de las manos no alcanzaron a abrazar »; « los mayores árboles que yo he visto hasta agora, y que exceden mucho a todos los que he dicho », como cuenta el cronista real Fernández de Oviedo en su *Historia general y natural de las Indias*, libro IX, capítulo XI; aquellas « ceyvas de que labran los indios las canoas, que son barcos hechos de una pieza », según refiere el padre jesuita Joseph de Acosta en la *Historia natural y moral de las Indias*, I, libro IV, capítulo XXX.

Recuerdo haber leído en alguna parte — creo que en una carta del poeta Rafael Obligado — que el naturalista Carlos Berg había afirmado con su autoridad científica, que el « seibo » de las riberas del Paraná es diferente a la « ceiba » de otras regiones de América, y aunque no tengo a mano sus obras, ni el tiempo necesario para comprobar la cita, sin embargo, pienso que la memoria no me es infiel, pues he constatado que Hieronymus, en su *Flora Argentina*, hace la misma distinción, de lo cual resulta en conclusión : que el *erythrina cristagalli* de Linneo, o sea el « seibo » de nuestra comarca, pertenece a la familia de las leguminosas ; mientras que la « ceiba », el *bombax ceibo* de Linneo, que sólo crece en las regiones tropicales y subtropicales de América, pertenece a las bombáceas.

Se advierte, fácilmente, que se trata de dos árboles distintos por su clasificación botánica y por su corpulencia, porque jamás el « seibo » del Plata alcanza esa talla gigantesca de las « ceibas » de las zonas tórridas que asombraba a los viejos cronistas, a punto de que Alcedo, siguiendo a Oviedo, le llama el árbol mayor de cuantos se hallan en América.

Si los árboles no son idénticos por su clasificación botánica, por su tamaño y por el color de sus flores, siendo blancas las de la « ceiba » y rojo el crestón de los racimos de flores purpurinas de nuestro « seibo », aunque vulgarmente se les confunda y denomine de la misma manera, a pesar de ser cosas bien distintas como acaba de verse, ¿ por qué empeñarse en escribir « ceibo » cuando todos decimos « seibo », pues nadie ignora que, en la América española doctos e indoctos pronunciamos la *ce* como si fuera *ese* ?

En una obra de reciente publicación sobre los indios chiriguanos de Bolivia, del misionero franciscano fray Bernardino de Nino, he encontrado la siguiente descripción que esclarece el punto concluyentemente, pues comprueba que el tamaño del árbol, el tronco y sus flores son diferentes, blancas en la « ceiba » y rojas en « seibo ». Hela aquí :

« *Ceiba*. Arbol grande con tronco disforme y armado de puntas, hojas anchas y flores grandes y blancas que producen una materia semejante al algodón sin hebras, por lo cual es más suave y relumbrante ; se emplea para colchones y almohadas y mechas para velas. La madera es esponjosa y de ninguna dureza, se fabrican artesas para contener agua perennemente y de este modo no se dañan luego. La ceniza es buena para la elaboración del jabón, la corteza es emética ; los blancos la llaman *toborochoi* y los chiriguanos *samuú* ; los hay de varias clases y todas, más o menos, se utilizan. »

« *Ceibo*. Este árbol es más chico que el anterior, pero su madera es mucho más superior, y muy fibrosa y bastante liviana, se emplea para hacer artesas y duran mucho tiempo, ni se parten ni las rodea la carcoma. Cuando florece es muy hermoso, las flores son rojas encendidas y buenas para ensaladas, los chiriguanos lo llaman *suiñandí* (1). »

Es bueno tener presente que la grafía de los primitivos cronistas difiere de la adoptada por el diccionario de la Academia, que escribe « ceiba » con *i* latina y *b* ; mientras Oviedo y Alcedo escribieron con *y* griega y *v*, *ceyva* pero nunca « ceibo ».

Además, para la Academia española sólo existe como árbol indígena de América, la « ceiba » de la familia de las bombáceas, de unos treinta metros de altura. Lo que evidencia que hasta el grave areópago de hablistas encargados de limpiar, fijar y dar esplendor a la lengua — según su conocida divisa — no ha llegado aún la noticia de que por estas tierras del Plata, crece un hermoso árbol indiano cuyas flores, de vivo carmín, celebraron nuestros poetas y prosistas — con ortografía varia pero sin nombrarle jamás « ceiba », — y cuyas propiedades medicinales y

(1) Cf. FR. BERNARDINO DE NINO, *Etnografía chiriguana*, página 20, La Paz (Bolivia), 1912.

utilidad de su madera blanda para la fabricación de utensilios domésticos, ya mencionaban los hermanos de la Compañía de Jesús en sus minuciosos herbolarios de las Misiones.

Una de mis primeras lecturas, allá en aquel apacible rincón del Calá — que llevo asido a los más caros recuerdos de mi infancia montaraz, — fueron las sabrosas y fuentes páginas de *El Tempe Argentino* de Marcos Sastre; y acabo de comprobar, con recóndito placer, en la primitiva edición de 1858, en la 6^a de 1881 y en la 7^a de 1885 que tengo a la vista, que la forma ortográfica empleada por el autor es invariablemente « seibo ».

«Aquí el naranjo esférico — dice — ostenta majestuoso su ropaje de esmeralda, plata y oro; allí el cónico laurel de hojas lucientes refleja al sol en mil destellos; allá asoman sus copas el álamo piramidal, la esbelta palma, el enhiesto aliso y el sauce de contornos aéreos, que mece sus cabellos al leve impulso de los céfiros; más allá los durazneros, de flores indecisas, compiten entre sí en la copia y variedad de sus pintados frutos; y por todas partes el *seibo* florido, patriarca de este inmenso pueblo vegetal, muestra orgulloso sus penachos del más vivo carmín y extiende sus brazos a las amorosas lianas que lo visten de galas y guirnaldas, formando encumbrados doseles, graciosos cortinados y umbrosas grutas que convidan al reposo y al deleite.»

El hermoso fragmento pertenece al capítulo II: *Un paseo por las islas*, del libro con que un enamorado del país isleño señaló el camino de la belleza y las riquezas de una tierra desconocida, que ha tenido la rara fortuna entre nosotros de alcanzar once ediciones. He subrayado el nombre que nos ocupa para hacerle resaltar, porque en una reciente edición de « texto definitivo » de la biblioteca *La cultura argentina*, aparece adulterada la ortografía, *ne varietur*, del autor muerto en 1887, poniendo *ceibo*...

Tal era la forma habitual de los jóvenes poetas argentinos que hace cuarenta años seguían las huellas de Echeverría en *La Cautiva* y de Juan María Gutiérrez en sus *Composiciones nacionales*, buscando el color local. Así, Adolfo Lamarque menciona « al seibo de flor roja » en el *Canto de guerra de los querandíes*, y Alberto Navarro Viola escribía con mucha pro-

piedad en *El lago dormido*, estos dos versos saturados de ambiente comarcano :

Los *seibos* aborígenes colgaban
Ante él las rojas crestas de sus flores.

Rafael Obligado, el dulce cantor de la Pampa y las islas del Paraná, donde discurrieron los días de su infancia, ha divulgado la grafía argentina con una nueva forma escribiendo se-í-bo con acento en la *í*, según puede verificarse en algunas de sus más celebradas poesías, como *En la ribera*, *El seíbo*, y en aquella graciosa letrilla, hecha a la manera de la clásica *Vaquera de la Finojosa* de Santillana y *La flor de la caña* del cubano Plácido, cuando presenta a cierta morocha del suelo argentino :

Llamada... Su nombre
Jamás he sabido ;
Mas, tiene unos labios
De un rojo tan vivo,
Difúndese en ella
Tal fuego encendido,
Que aquí, en la comarca,
Le dan los vecinos
Por único nombre
La flor del seíbo.

II

El nombre es sin duda indígena. Rufino José Cuervo, en sus eruditas *Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano*, da la voz como procedente de Haití. «También ha podido suceder — dice — que nos vengan voces de otras lenguas americanas, y esto por el conducto de los españoles, que del primer punto donde las oían las llevaban a otras partes : así, de la lengua haitiana han pasado a formar parte de la castellana muchos nombres de plantas como *ceiba*, maíz (1). »

(1) Cf. *Op. cit.*, nº 776, tercera edición, Bogotá, 1881.

Sería importante averiguar ahora, cuál fué la designación que tuvo en las lenguas aborígenes desde las Antillas hasta el Río de la Plata con su significado, pues sabida es la propiedad descriptiva con que muchos de esos nombres salvajes designan a las plantas y las cosas por alguna de sus peculiaridades más características. Tal vez allí se encuentre la clave del problema etimológico.

Sabemos por referencia del padre Lozano — *La Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, tomo I, capítulo IX — que los indios guaraníes le nombraban *zuinana*, añadiendo que sus flores encarnadas les servían para teñir, y que la corteza machacada era único remedio para las heridas venenosas de las garras del tigre: «pues la misma fiera — agrega — con instinto natural, acude muchas veces por remedio a este árbol, porque sintiendo en sus uñas el excesivo ardor que le causan sus cualidades venenosas, trepa o salta al ceibo, y arañando profundamente su corteza, hasta topar con el palo, siente gran refrigerio y queda más ágil para sus cazas o pescas».

Quizá el buen padre se equivoca, y lo que hace el tigre al arañar la madera blanda del tronco es afilar las garras, según la observación que recogí de labios de viejos gauchos, allá entre los floridos seibales que bordean los arroyos y lagunas de Entre Ríos. También les oí ponderar un remedio famoso, hecho de la corteza y las flores contra las averías del amor; que el escritor jesuíta calla con exquisita discreción, diciendo: «Otras muchas virtudes se cuentan del ceibo...»

El padre Guevara, *Historia del Paraguay* — edición Groussac, en *Anales de la Biblioteca*, volumen V, — trae un curioso índice histórico-médico de las raíces, árboles y plantas medicinales, formado por el padre Buenaventura Suárez, en el que encuentro mencionado un bálsamo para las rasgaduras del tigre hecho de la corteza del « seibo », en guaraní *suyñandí*. Y es digno de hacer notar que, en esta obra con observaciones directas de la región escrita a mediados del siglo XVIII, aparezca escrito el nombre del árbol con el grafismo argentino.

En un curioso *Herbolario de las plantas medicinales de Misiones*, escrito por el hermano Pedro Montenegro, en 1710 — que reprodujo Trelles en la *Revista patriótica*, II, página 48 y cuyo

manuscrito existe en el fondo documental de la Biblioteca nacional, — se alaban todas las virtudes curativas del *zuinandi* de los guaraníes, que citaron después Lozano y Guevara, silenciando las que creyeron materia pecaminosa. Así, el hermano Montenegro, más ingenuo o menos melindroso, nos cuenta que: « su zumo mixto con clara de huevo bien batida, cura las inflamaciones de los testes, las reprime y mitiga con admiración »; lo que comprueba la exactitud de la referencia de mis viejos gauchos entrerrianos, y las excelencias del saber popular, alma del folklore...

Según la cita del padre Guevara, a que recién aludí, el índice de la materia médica misionera fué formado por el padre Buenaventura Suárez, « tan puntual en sus cálculos astronómicos — escribe — como curioso y diligente en las noticias de buen gusto y en seguir el curso de la naturaleza ». Hoy sabemos que el padre Suárez era nativo de Santa Fe, que pasó casi toda su vida entre las selvas de Misiones, donde murió en 1794, habiendo dejado, además de sus observaciones botánicas, un *Lunario* obtenido con los toscos instrumentos fabricados por el pobre misionero criollo. Pues bien, en dicho índice al « seibo » le nombra *suyñandí*.

Ahora bien: ¿ qué significa esta voz *suyñandí* ?

Hay un árbol — el laurel — que los guaraníes nombraron *ayuí-ñandy*, literalmente: laurel, grasa. El seibo verosímilmente debe ser *zuyñandí*, en el cual la palabra *ñandy* denotaría que contiene materia grasosa.

Para caracterizar la presencia de la grasa, aceite o sustancia análoga en los árboles, los guaraníes empleaban el sustantivo *ñandy* como complemento, según se desprende del citado caso del *ayuí-ñandy*: « Porque sus frutillas — dice el padre Suárez — tienen copia de aceite. Echa dos frutos, que tienen la figura de la bellota del alcornoque y mucho aceite como la aceituna. » ¿ Pero, no será en rigor *zuyñandy* ? Si tal fuese, podría descomponerse la palabra conforme a la ley de formación de los vocablos guaraníes: *zu-y-ñandy*.

Tendríamos entonces averiguado con certeza el significado de *y*, agua, y *ñandy*, grasa. La presencia de la vocal *y* en los árboles y plantas expresa el concepto de una vinculación con el agua y

lo húmedo, y sabido es que el seibo crece lozano al borde de los ríos y parajes húmedos. Pero nos quedaría por averiguar el significado de la voz inicial *zu*, cuyo significado ignoro, y que tal vez sea *tui* o *tuí* cotorra. ¿Grasa de cotorra?... Pero sobra la *y*: agua...

Si fuese simplemente *zuiñandy* — como escribe el padre Suárez — descomponiendo el vocablo en *zu-i-ñandy*, significaría: *zu* tiene o que tiene grasa. Si hay efectivamente materia grasosa o aceitosa en el árbol — corteza, flor, rama, hoja o raíz — debe tener relación con la voz inicial *zu*.

Desgraciadamente las investigaciones que he practicado sobre la presencia de materia grasosa en las flores del seibo, en cantidad extraordinaria como para caracterizarlas, han resultado negativas; pues esta substancia apenas se encuentra en una proporción de tres por ciento, según me lo comunicó el doctor Juan A. Domínguez, director del Instituto de botánica y farmacología de nuestra Facultad de ciencias médicas, dato que confirmó el doctor Enrique Herrero Ducloux, director de la Escuela de ciencias químicas en la Universidad de La Plata.

Luego, el *ñandy*, grasa, no es lo que sirvió para designar el árbol. Se repite con frecuencia — y lo tengo comprobado más de una vez — que las designaciones guaraníes de árboles, plantas y animales son llanas y transparentes, pero en el presente caso no resulta así, y la imagen dantesca de la *selva selvaggia* y la *diritta via smarrita* viene a las puntas de mi pluma.

Si no es la materia aceitosa, ¿qué es entonces ?

Recuerdo que en torno de sus flores carnosas y aterciopeladas teñidas de vivísimo carmín, he visto zumbear las abejas silvestres del camoatí, y revolotear agitando las breves alas, semejante a una gema hecha con las más raras pedrerías, al gracioso *mainumbí* — el picaflor de los naturalistas — para libar el néctar de sus cálices, lo que indicaría la presencia de una substancia azucarada. Pero, tampoco la exudación sacarinomucilaginosa de su savia, no es suficiente, me dicen los botánicos, para distinguirlo.

Tiene, además, este árbol, una curiosa peculiaridad que excita la credulidad campesina, y que no debió escapar a la sagacidad del indio. A semejanza del *curupí* — con cuyo jugo lechoso los

aborígenes envenenaban sus flechas — suelta de las ramas una materia blanquecina espumosa que cría tábanos, y al gotear, humedeciendo el suelo, engendra en los charcos ese pequeño mosquito bobo y pegajoso llamado jején, que irrita la piel; aquellos «menudísimos xixenes, que pasan las calsas algunos deellos, e pican mucho», según nos cuenta el cronista Oviedo.

¿No tendrá alguna relación con esos molestos insectos o con la substancia del árbol que los cría, esta voz *zuiñandy*, desde que para los guaraníes era uno de sus árboles medicinales? me dije cavilando. Y como mi guía para desentrañar el inextricable problema filológico, aquellos vocabularios formados por los padres misioneros Ruiz de Montoya y Paulo Restivo, que iban tomando de los labios de los indios mientras los enseñaban a rezar, no me dieran la solución, ocurri a dos guaranizantes distinguidos, mis amigos el doctor Manuel Domínguez y el señor Eloy Fariña Núñez, quienes se han servido comunicarme dos soluciones que confirman, en parte, mi inducción de profano, y las que entrego a los aficionados a los estudios americanistas (1).

Me escribe el primero, desde la Asunción, en carta del 12 de septiembre de 1919:

« El seibo o ceibo se denomina *suiñandy* en guaraní, y *ñandy* es grasa o materia aceitosa, substancia que apenas se encuentra en la proporción de tres por ciento en dicho árbol. Luego el *ñandy* no se refiere a eso. Pero Vd. mismo, con mucha sagacidad, dice que tal vez se refiera a la substancia blanquecina lechosa que forman y destilan las ramas del ceibo. Y así es la verdad. Basta fijarse en las raíces de *ñandy*.

« La radical *ña* significa *correr* y la otra *ndy* vale tanto como *ty*, líquido, algo que emana o destila de alguna cosa. De manera que *ñandy*, es ciertamente grasa, pero también cualquier substancia más o menos líquida resinosa. (Ver *Vocabulario das palavras guaraníes*, de Almeida Nogueira, el que mejor ha dilucidado, en mi sentir, el embrollo de las raíces guaraníes.)

« Fíjese en que en el verbo *moña*, correr, suena la radical *ña* y en el sustantivo *tendy*, saliva, suena la otra radical *dy* o *ndy*.

(1) Manuscritos en mi archivo.

En donde quiera que suenan las notas *cy*, *ty* o *ndy*, hay algo que suscita la idea de secreción: *icypó*, una liana que destila un líquido lechoso; *ty* orina, secreción urinaria, en una de sus funciones; *ñandypá*, la genipa americana de los botánicos, cuya secreción usaban los indios para pintarse. Habría mucho que hablar sobre su temita filológico. El guaraní tiene sus misterios y seducciones singulares: *cy* o *ty*, a su vez, es sonido imitativo, en su origen remoto, cosa de que tal vez tenga ocasión de ocuparme.»

A su vez el señor Eloy Fariña Núñez, que se tomó especial interés en auxiliarme, con su dominio de la lengua vernácula, a desentrañar el misterio de este nombre guaraní, me comunicaba en una de sus interesantes cartas:

« En un opúsculo titulado *Essai d' une thérapeutique végétale de Corrientes*, del profesor Nicolás Rojas Acosta, encuentro en la página 42 la siguiente información: « *Zuiñandí* (*zui qu'en fait d'eau, écume, et ñandí, graisse*) ». Este autor escribe *i* con acento circunflejo, en lugar de *y*. Si no entiendo mal el francés-guaraní del amigo Rojas Acosta, muy versado por lo demás en botánica, hace derivar el famoso *zui* de *ty-yui* o *y yui*, espuma, espumoso; por donde *zuiñandy* significaría: « grasa espumosa o espuma grasosa »... De cómo este *ty-yui* se ha convertido en *zui*, no sería fenómeno raro en guaraní, donde tenemos *guabiyú* de *yba-habiyú*, *tayí* de *hata yí*, etc. Como usted habla de que ha observado que dicho árbol forma en sus ramas una substancia blanca espumosa, creo que nos vamos acercando a la resolución del problema. La característica observada por usted en el *zuiñandy* abona la acepción etimológica de « espuma grasosa ».

« Es de advertir que en los nombres guaraníes de árboles y plantas, el calificativo o bien el caso genitivo precede con frecuencia a la cosa calificada o nominativo. Pero esto no es una regla invariable y general. Es de notar asimismo que el concepto *ñandy* es casi genérico en guaraní, sin constituir, como entre nosotros, una idea específica. Existe un árbol que se llama *ñandypá*, aparte del *ayuí-ñandy* ».

« En el alto Paraná — me escribía posteriormente el doctor Domínguez — los indios llaman al seibo *cñyñandí* y no *suiñandí*, testimonio irrecusable de Winkelried, Bertoni, cosa que acabo

de saberlo. En los libros brasileños unas veces se escribe *sui* y otras *cïy*. Y ¿ que es *cïy*? ¡Un loro! Se trata de la especie nominada *Pionus maximiliani*, dedicada por Kul al príncipe austriaco de este nombre, en 1830. Es el número 208 de la *Fauna paraguaya* del citado Bertoni, página 45. Y ¿ por qué a ese loro le llaman *cïy*? Porque su siringe, aparte de otros sonidos, produce ese silbido apelativo a los compañeros para emprender el vuelo (Azara, Bertoni). Siempre la onomatopeya, el rumor de la naturaleza, sonando en esta arpa eólica que se llama guaraní. »

« Y ¿ por qué al seibo le llaman *cïy ñandí*? Porque el loro *cïy* se para en bandadas sobre aquella planta para comerse la fruta en embrión, destruyendo a picotazos los pétalos de la flor, cosa que también hace la especie número 108 de la precitada *Fauna paraguaya*. Los cazadores bien lo saben y por ello se ponen abajo o cerca del seibo, ocultos, para matar alevosamente a ese diantre del loro (Bertoni).

« Consecuencia : la etimología de Rojas Acosta viene abajo. El cambio de *yuí* en *suí* no pega. Las letras *h*, *t* y *r* se substituyen en guaraní, pero no sé que suceda igual entre la *y* y la *s*. »

Resulta de la etimología precedente que, en el alto Paraná los indios llaman al seibo *cïyñandí*, y que los escritores brasileños escriben *cïy* y otras veces *suiñandí*. Y si en guaraní *cïy* es el nombre de un loro que apetece la fruta de ese árbol, el *ñandí* bien puede significar entonces sebo, grasa o mejor cebo o comida, lo que nos daría : *cebo de loro*.

Sin embargo, es oportuno no olvidar que los escritores primitivos de las Misiones, como el padre Montenegro y el padre Suárez, escribieron *suiñandí*, recogiendo la palabra de los labios de los indios que catequizaban, y no es admisible suponer que ambos se equivocaran en el traslado, a pesar de la dificultad de interpretar con fidelidad las extrañas voces aborígenes.

Por otra parte, ya hemos mencionado que, según un misionero moderno, el padre de Nino, los actuales indios chiriguanos le nominan *suiñandí*. Y otro escritor autorizado por su versación en la lengua vernácula, el correntino Lisandro Segovia, escribe en su *Diccionario de Argentinismos* : que la voz ceibo o seibo es haitiana, que en guaraní se nombra *suinaná* y *suinandí* y que de sus ramas suelta gota a gota una substancia blanca que, como

la del *curupí*, cría tábanos, característica que yo había observado en los seibales que bordean las orillas de los ríos, arroyos y lagunas de Entre Ríos; lo que deja en pie la duda de que no conocemos tal vez la verdadera significación de ese extraño vocablo guaraní.

Y bien: será la secreción del líquido espumoso que destila el seibo del que brotan los molestos tábanos, hecho bien curioso que no debió pasar inadvertido al indio sagaz y supersticioso; o el loro que se come a picotazos la frutilla y destruye los pétalos rojos de la hermosa flor, lo que dió nombre originario al seibo, es punto que dilucidarán los eruditos; en cuanto a mí, agradezco de alma que la curiosidad de una conjetura sobre cosas pretéritas y las seducciones misteriosas de la lengua guaraní, hayan provocado el esclarecimiento con que dos distinguidos escritores asunceños, mis amigos Domínguez y Fariña Núñez, tan deferentemente han contribuído al esclarecimiento del pequeño enigma etimológico, respecto del nombre del más lindo árbol aborigen de nuestros ríos litorales.

III

Volviendo al tema de esta charla sobre el folk-lore argentino, haré notar, de paso, otras pruebas de la expansión del vocablo seibo con la ortografía que llamaré argentina, puesto que los escritores uruguayos como Zorrilla de San Martín, Acevedo Díaz, Viana, Regules y Roxlo lo escriben con *c*.

El autor de *Tabaré* — que escribe indistintamente «ceibas» o «ceibos» — nos presenta esta magnífica metáfora que sugiere, ante los ojos del lector, la imagen corporizada del hermoso árbol indiano, cuando en la estación primaveral alza su copa cubierta de vistosas flores purpurinas sobre el fondo verde-oscuro de la selva densa:

Los ceibos se han echado
Sobre la espalda el manto de escarlata.

He observado alguna vez a mis amigos Eduardo Acevedo Díaz, Javier de Viana y Elías Regules — que se destacan en la

otra banda del Plata por su amorosa evocación del gaucho de antaño y de cosas genuinamente de su tierra — el empleo de voces como «enramada» y «baqueano», en vez de «ramada» y «baquiano», que fué la forma habitual de los primitivos cronistas de Indias, y son hoy de uso corriente entre nosotros.

Así, Oviedo, describiendo la mansión del viejo cacique Tocaetega — que le recibió y dió de almorzar como un gran señor, — menciona la «ramada» que había delante del portal de la casa, y hasta la copia en una lámina fuera del texto — que tiene por cierto semejanza con las ramadas de nuestras estancias y ranchos (*Historia de Indias*, tomo IV, libro XLII, página 110). Empleando la palabra con la misma forma y significado escribe Herrera: «Sus casas eran a manera de «ramadas» largas, con muchos estantes» (*Décadas*, I, libro VII, capítulo XVI).

En cuanto a «baquiano» demostré en *La cinta colorada* que esa es la antigua y recta ortografía, porque viene de «baquía», diestro o ducho en las cosas de la tierra. Mateo Alemán, novelista español del siglo XVI que pasó los últimos años en Méjico y allí tal vez recogió la voz con su significado, trae este pasaje en *Aventuras y vida del pícaro Guzmán de Alfarache*: «como tan baquiano en la tierra todo lo conocía». Es el mismo concepto de Oviedo, en la *Historia de indias*, cuando refiere que después de la conquista designaron hombres de *baquía* a los soldados viejos, como prácticos y expertos en los caminos de las nuevas tierras. Hay, pues, que escribir *baquiano* por *baquía*.

Prescindiendo de que nadie, como afirma Cuervo en sus *Apuntes críticas al lenguaje bogotano*, que no sea empalagosamente remilgado, dice *baqueano*, no queda ni ápice de duda si se considera que esta voz viene de *baquía* (no *baquea*), que vale hoy entre el vulgo de nuestro país: habilidad, destreza; significación que fué problamente la antigua de este vocablo.

Pues bien, al vocablo seibo cabe idéntica observación. No hay, entre los nativos de ambas márgenes del Río de la Plata, quien lo pronuncie con *c*, y si alguno lo intentara sentaría plaza de empalagosamente remilgado, como dice con no poca gracia el colombiano Cuervo, la más alta autoridad en materia lingüística en los países hispanoamericanos. ¿Por qué entonces ese afán

melindroso de escribir de manera diferente, lo que llanamente pronunciamos de otra manera ?

En el nuevo diccionario de la lengua española, de José Alemany, que además de contener todas las voces de la 14ª edición del diccionario de la Academia registra 25.000 americanismos, figuran : *Seiba* : f. Amer. Ceiba ; y *Seibo*, m. Ceibo.

Y recuerdo haber leído en versos de poetas cubanos — muy escrupulosos del léxico como nadie ignora, — escrito con *s* el nombre del árbol de las flores purpurinas. Luego no somos únicamente los argentinos quienes empleamos esa ortografía insurgente, que escandaliza a ciertos puristas peninsulares, que ignoran, sin duda, que se trata de un vocablo de Indias no estudiado aún por la Real Academia.

Escribamos entonces *seibo*, empleando la grafía sancionada por el uso y la autoridad de buenos hablistas americanos ; y de acuerdo también con la tradición del hablar criollo, que tan poco se cuida de los resabios de la pronunciación andaluza, que nos resulta amanerada y disonante, porque es bueno no olvidar la sentencia atribuída a Platón : en materia de lengua el pueblo es un maestro excelentísimo.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN.